

á sus reinos. Y el rey Amadís halló á su muy amada reina muy triste por la muerte de la reina Brisena, su señora madre, que desde que vido que el rey Lisuarte, su marido, della se partía, sus congojas y tristeza en tanto grado y con tanta ansia le cargaron, que la hicieron apartar el alma del cuerpo, lo cual fué todo doblado en saber la muerte de su padre. Urganda se fué á la isla No-hallada, donde por gran tiempo reposó y estuvo suspensa, y así lo hicieron los reyes don Galaor y don Bruneo y Cildadan, y los otros grandes señores.

CAPITULO CLXXXII.

Cómo despues que el Emperador
Hubo ganado la gran Tesifante,
Y suelta la Reina, mujer del Infante,
Quedó Norandel por gobernador;
Y vuelto con gloria de mucho loor
A Constantinopla con sus compañeros,
A dos esforzados armó caballeros,
Hijos del noble rey Galaor.

En este medio tiempo el emperador Esplandian envió mucha gente al rey Norandel, que en la montaña defendida con su muy hermosa y amada reina Menoresa de asiento estaba, en que fueron muchos de aquellos caballeros cruzados que vivos de las batallas pasadas habian quedado, para que luego hiciese guerra al rey Armato, y le destruyese y quemase todo lo que pudiese de su reino; el cual lo hizo tan cruelmente y con tanta diligencia, que el rey Armato, no teniendo otro remedio, juntó muchas gentes, y le vino á dar la batalla, en que fueron muchos muertos y heridos de ambas las partes. Mas como el rey Norandel fuese valiente caballero, y aquellos que dije asimismo, como quiera que todos los mas allí muriesen, y el rey Norandel fuese herido de muchas heridas, el rey Armato con todos los suyos fué vencido, y tan quebrantado, que nunca mas osó en el campo ponerse.

Como esto el Emperador supo, pasó á Persia en persona, llevando consigo muchas mas compañías, y fué á cercar la gran ciudad de Tesifante, considerando que aquella ganada, en todo lo otro no quedaria defensa. Mas antes que el cerco puesto fuese, el rey Armato, con temor que allí seria tomado, muerto ó captivo, salióse de la ciudad con pensamiento de buscar algun socorro. Mas el Emperador puso tal recaudo, probando todas sus fuerzas, que antes que muchos dias pasasen, fué por él la ciudad tomada, haciendo por la muerte pasar todos los mas que en ella se hallaron. Allí fué prendida la infanta Heliaja, haciendo grandes llantos y amarguras, maldiciendo su fortuna, porque tan cruel le habia sido; mas tomándola el Emperador consigo, le hizo mucha honra, consolándola con ánimo muy piadoso, diciéndole que los semejantes casos pocas veces venian sino á los altos hombres, que en su grandeza la fortuna podia bien ejecutar sus iras; que en las otras bajas personas no podia hallar aposentamiento en que cupiesen. Y acordándose de la palabra que le habia dado al tiempo que otra vez la prendió, como la historia presente vos ha contado, dándole todas sus grandes riquezas que ella poseia, muchas de las suyas las envió al rey Anfion de Media, su padre.

Esto así hecho, queriendo en la guerra proceder, sa-

biendo los del reino que su rey habia huido, no osando esperar en una cosa tan fuerte y tan señalada como aquella gran ciudad de Tesifante era, diéronsele todos, entregando todas sus fuerzas, quedando por sus vasallos; y dejando por gobernador al rey Norandel de todo aquel gran señorío, se tornó á Constantinopla, donde halló que eran llegados dos infantes, mancebos muy hermosos, hijos del rey Galaor y de aquella muy hermosa reina Briolanja, su mujer; el uno habia nombre Perion y el otro Garinter, para que los armase caballeros y los enviase contra los turcos. Mucho holgó el emperador de Constantinopla con ellos, y con grande honra fueron por su mano armados caballeros; y como así se viesen con aquella honra que deseaban ir, porque entonces la guerra en aquellas partes era cesada, rogaron al Emperador que les diese licencia para se pasar á la isla California, donde Talanque y Maneli estaban haciendo muy gran guerra á sus vecinos, habiéndoles ganado mucha y muy rica tierra. El Emperador, que mucho los amaba, quisiéralos tener consigo; pero considerando que allí no podian experimentar sus fuerzas y esfuerzos de sus corazones, que no habia con quién, dióles muchos atavíos de armas y caballos, y otras ricas joyas, y una muy hermosa nave con maestros, que sin peligro los guiase, y abrazándolos y besándolos en sus rostros, los envió.

Pues estos caballeros llegaron en salvo á aquellas partes, donde hicieron muchas caballerías famosas, que por agora la historia las dejará de contar. Solamente sabréis cómo despues de tiempo Perion, que era el mayor, vino al reino de su padre, y fué rey, y Garinter quedó en aquellas partes casado con una infanta muy hermosa, que Heletria se llamaba, señora de las islas Sitarias, que dél se enamoró por una batalla que le vido vencer de un muy bravo y fuerte gigante, que de su voluntad le fué á buscar, y lo halló donde aquella infanta estaba; y como ella, queriendo saber quién era, fué cierta ser hijo de rey y de reina, lo tomó por su marido. Así que, pasaron muy grandes tiempos que aquellas islas fueron señoreadas de los sucesores de aquellos caballeros, hasta que la distancia del tiempo los fué consumiendo, así como acostumbra hacer en las temporales cosas.

CAPITULO CLXXXIII.

Cómo de Urganda fuesen llamados
El rey Amadís y el Emperador,
Y don Florestan y el rey Galaor,
A la insula Firme fueron llegados;
Adonde con otros así no contados,
Despues de hablarles la gran sabidora,
Abrióse la tierra luego á deshora,
Allí se quedaron por ella encantados.

Estando Urganda en la su isla No-hallada, supo por sus artes cómo la muerte se allegaba á todos los mas principales de aquellos reyes que ella tanto amaba, y habiendo piedad que tan preciosas carnes como las dellas y dellas la tierra las gozase y consumiese, acordó de poner en ello el remedio que oiréis. Que entrando ella en la mar con la compañía de sus sobrinas, Julianda y Solisa, y otras doncellas, navegó hasta llegar á la insula Firme, y desde allí envió al rey Amadís, y al

emperador Esplandian, y á don Galaor, rey de Sobradisa, y al rey de Cerdeña, don Florestan, y á Agrájes, y al rey de Bohemia, Grasandor, y á cada uno una doncella que de su parte les rogase que ellos y sus mujeres viniesen allí á aquella insula Firme, porque cumplía mucho hablarles algunas cosas extrañas; y que viniese el maestro Elisabat, y trajese todo aquello que del emperador Esplandian habia escripto; y asimismo viniese el conde Gandalin y la condesa de Denamarca, su mujer, y el enano de Amadís con ellos; y aquesto por ninguna manera lo dejasen, que pues ella se habia dispuesto á venir allí, que creyesen cierto que su venida era muy necesaria, si no querian pasar por el trasgo de la cruel muerte.

Cuando el Emperador y aquellos reyes estas embajadas oyeron, no lo tuvieron en poco; y así por esto, como por tener mucho deseo de se ver juntos, luego á la hora, sin otra tardanza, tomando á sus mujeres, se metieron á la mar, y en poco espacio de tiempo se juntaron todos con aquella gran sabidora; la cual, como así los vido, con muchas lágrimas de sus ojos, no de aquellas que el placer traer suele, mas las que de la gran tristura y amargura salen, los abrazaba; así que, sus ojos en dos fuentes eran convertidos. Ellos, mucho maravillados de mudanza tan grande, no sabiendo la causa dello, le preguntaban si aquella su congoja y abundancia de lágrimas por ellos se podian remediar. Urganda, sin les responder ninguna cosa, los miraba, llorando muy fieramente. Así estuvo por un rato de tiempo, que nunca hablar les pudo; pero ya siendo su espíritu mas reposado, hablóles en esta manera: «Así como por el muy alto Señor todas las cosas del mundo establecidas fueron, así permitió que las presentes, pasando de la vida á la oscura muerte, segun las calidades de cada una, quedasen otras de nuevo en su lugar. Esta orden es tan cierta, que hasta aquel temeroso dia señalado en ninguna manera mudar se puede. Por eso muchos de los antiguos, habiendo este conocimiento, y por firme lo teniendo, procuraron con muchos y grandes trabajos y afrentas que, aunque los cuerpos, como mortales y terrestres, consumidos fuesen, no lo fuesen sus muy grandes famas, queriéndolas inmortales hacer. Desto tenemos tantos y tan grandes ejemplos, y tan notorios, que con muy gran causa la prolijidad desta escriptura excusar se puede. Y como yo por mis grandes artes mágicas alcancé á saber que así como á los pasados, no menos á los presentes por aquella mesma via el tiempo se os acorta, quiero que sea pagada aquella deuda del grande amor que en vuestros ánimos imprimido contra mí es. Por ende, bien así como en las otras cosas vuestros muy bravos corazones demasiado esfuerzo tuvieron, por ser á la virtud obedientes y sujetos, que así agora lo sean en aquello que por mí obrar se quiere, y con ayuda de aquel mas poderoso Señor, y despues mía, así como su sierva, por muy grandes y largos tiempos, fuera de toda la natural orden, quedaréis do sin esperanza de tornar al mundo, estéis en aquella perficion de hermosura, en aquella floreciente y fresca edad que habeis tenido, cuando mas en vosotros se esclareció, en compañía de un muy gran rey y muy famoso caballero, que despues de muy largos tiempos, despues

de vosotros, en esta grande insula de Bretaña reinará; y si por caso fuere que mi gran sabiduría no alcance á saber ser cierta la salida desto que os digo, yo os traeré en tales y tantas partes, que con muy grande admiracion seais por aquellos que yo quisiere mirados y acatados.»

Agora pues quiero yo deciros, mis señores, que el emperador Esplandian y aquellos grandes reyes, como quiera que la braveza de sus corazones en tanto poder bastase, hablándoles en el trance de la temerosa muerte con palabras tan oscuras, que por ninguna fuerza de armas resistir no se podia, sus carnes, no lo pudiendo ellos por ninguna manera excusar, temblaban, y muy mucho mas las de aquella tan hermosa emperatriz Leonorina y de las otras reinas que allí estaban. Mas el rey Amadís le dijo: «Mi buena señora, muy mejor que otro alguno ni que nosotros mismos, alcanza vuestro saber la voluntad nuestra cuánto á vuestra ordenanza es; por ende todo lo remitimos y dejamos á vuestra disposicion, para que haga y obre en nosotros aquellas cosas que, no dañando á las ánimas y á las honras, mas vos agradarán.»

Entonces la sabidora Urganda mandó allí traer las sillas reales dellos, que en aquel tiempo los emperadores y reyes acostumbraban traer consigo, que eran todas cubiertas de oro, muy sotilmente labradas, y por ellas sembradas muy muchas piedras y perlas de gran valor; y esto se hacia porque, aunque los altos hombres en el vestir sus iguales podian ser, que no lo fuesen en los asentamientos, que les ponian muy grande autoridad. Y por aquello de los extraños, aunque avisados dello no fuesen, eran bien conocidos cuando en sus reales palacios entraban; y poniéndolas en la cámara defendida, y en una sala cerca de ella, como ya oistes, haciéndolos armar de unas muy ricas armas que ella les trajo, los hizo sentar en ellas. Y luego vinieron sus dos sobrinas, Solisa y Julianda, con sendos bacinos de oro en sus manos, llenos de una agua de muchas yerbas confacionada, que antes de su venida dellos Urganda habia hecho, y poniéndoselas delante, les dijo que se lavasen los rostros con aquella agua. Ellos, como determinados estuviesen á cumplir su voluntad, teniéndolo por mejor, así lo hicieron. La fuerza de aquella agua fué de tal calidad, que sin mas dilacion pareció en ellos ser tornados en aquella claridad de hermosura y florida edad que cuando mas en perficion fueron tenido habian; tanto, que mirándose los unos á los otros, sin comparacion alguna se hacian maravillados. Y Urganda, tomando consigo al gran maestro Elisabat, así como en su propia manera estaba, lo hizo asentar en otra silla, en una muy hermosa cámara que con la gran sala confinaba, y púsole este libro, que él habia escripto y ordenado, en las manos. Y saliendo de allí, y tomando consigo al conde Gandalin y á la condesa de Denamarca, su mujer, y á Ardian, el enano de Amadís, se fué con ellos al palacio del arco de los leales amadores, donde las hermosas figuras de Apolidon y Grimanesa estaban, y hizolos sentar en un poyo, diciendo: «Así como aquí fueron dignos y merecedores de entrar los leales y verdaderos amadores, así vosotros lo sois por aquella lealtad tan grande y verdadero amor

que á vuestros señores tuvistes; y mándoos y amonétoos que en ningún modo ni manera de aquí os partais.»

Con esto se tornó donde el Emperador y los otros reyes estaban, y tomando por la mano á la doncella Carmela, le dijo estas palabras: «Carmela, tú fuiste de muy baja condicion, mas la virtud y generoso corazón tuyo, que muy muchas veces hace iguales á los bajos con los altos, merece que seas puesta á los piés de los emperadores, y asimesmo porque la palabra que deste Emperador tuviste, de nunca ser quitada ni apartada de su presencia contra tu voluntad, sea firme, quedando tú satisfecha.» Y tornándose hácia todos aquellos señores, les rogó que por ninguna manera ni forma se moviesen de aquellas sillas donde los dejaba, hasta tanto que ella volviere; y saliendo fuera, se fué á la huerta y subió en la cumbre de la alta torre, llevando consigo un libro, el cual fué de la gran sábia Medea, y otro de la doncella Encantadora, y otro de la infanta Melia, y otro de los suyos; y tendidos sus canos cabellos por las espaldas, leyendo por aquellos libros, revolviéndose á todas las cuatro partes del mundo hácia los cielos, haciéndose tan embravecida, que parecia que salian de sus ojos vivas llamas de fuego, haciendo signos con sus dedos, diciendo muy terribles y espantables palabras, haciendo venir tan grandes tronidos y relámpagos, que parecia que los cielos se hundiesen, temblando toda la ínsula, así como hace la nave en la hondura de la brava mar, arrancó de la tierra aquel grande alcázar, con el sitio del arco de los amadores, poniéndolo alto en el aire, y luego fué hecha una muy grande abertura en la tierra, y por ella lo hizo sumir hasta el abismo, donde todos aquellos grandes príncipes quedaron encantados, sin les acompañar ninguno de sus sentidos, guardados por aquella gran sabidora Urganda; que despues de muy largos tiempos pasados, la hada Morgaina le hizo saber en cómo ella tenia al rey Artús de Bretaña, su hermano, encantado, certificándole que habia de salir y volver á reinar en su reino de la Gran Bretaña, y que en aquel mesmo tiempo saldrían aquel emperador y aquellos grandes reyes que con él estaban á restituir juntos con él lo que los reyes cristianos hubiesen de la cristiandad perdido.

CAPITULO CLXXXIV.

Cómo el autor cuenta en suma algunas cosas que sucedieron despues que estos grandes emperadores y reyes fueron encantados.

Agora sabed aquí que este emperador Esplandian dejó un hijo, que hubo en su amada mujer, emperatriz de Constantinopla, que por el grande amor que á su abuelo tuvo, le puso nombre Lisuarte. Este quedó en edad de ocho años. Del rey Amadís quedaron un hijo y una hija, el cual llamaron Perion, y la hija Brisena, que fué casada con el hijo mayor del emperador de Roma, Arquisil. El rey de Sobradisa, don Galaor, hubo en la hermosa reina Briolanja dos hijos, llamados el uno Perion y el otro Garinter, aquellos que la historia os mostró que por la mano deste emperador Esplandian fueron armados caballeros, y se pasaron á la isla California. Don Florestan, rey de Cerdeña, hubo dos hijos:

al uno llamaron Florestan, así como á su padre, que heredó el reino, y al otro Parmineo el Aleinan, que así habia nombre el conde de Selandia, su bisabuelo; este heredó aquel condado por parte de su abuela, la cual fué hija deste Parmineo, conde. Agrájes hubo dos hijos, al primero dellos llamaron Languínez y al otro Galméne. El rey don Bruneo hubo un hijo y una hija, la cual fué casada con un hijo de don Cuadragante; al hijo llamaron Vallados y á la hija Elisena. Don Cuadragante no hubo mas de un hijo, el cual se llamó así como él. El rey Cildadan hubo mas hijos y hijas; al mayor llamaron Abies de Irlanda, como á su abuelo, aquel que Amadís mató, llamándose el Doncel del Mar. Y así hubieron otros hijos y hijas los altos hombres de sus reinos, como la órden natural trae las edades unas en pos de otras.

Esta relacion vos ha traído á la memoria el autor por haceros saber cómo estos infantes, sabido por ellos en la forma que á sus padres les fué quitada la luz del mundo, teniendo esperanza en su tornada, pues que por el trasgo de la muerte aun no habian pasado, nunca consintieron que Emperadores ni reyes fuesen llamados. Antes siendo ya en la edad perfecta, viéndose muy grandes y hermosos, deseando emplear su tiempo en autos de gran fama, acordaron de se juntar todos y pasar en Irlanda, donde fueron armados caballeros por mano del rey Cildadan, que en muy crecida vejez los largos dias le habian llegado. Y tornándose cada uno en su señorío, y habiendo consideracion de los tiempos pasados, en que sus famosos padres demandaban las aventuras, tan altas cosas en armas habiendo hecho, y viendo cómo al presente todo habia perecido, no sabiendo qué hiciesen de sí, deseando mostrar sus grandes fuerzas; experimentado el esfuerzo de sus corazones, que con la natural braveza suya, apenas dentro en sus pechos detenerlos podian; de acuerdo de todos fué que aquellos tiempos olvidados por ellos resucitados fuesen, tornando al primer estilo, andando por sus tierras y por las ajenas, como caballeros andantes; y así lo pusieron en obra.

Y como esto se tomó á mucho deseo, fueron las voluntades de todos los mancebos en tanta manera levantadas, y en tan gran número dellos, que, en comparacion de las muchas grandes caballerías que por ellos pasaron, cayeron en muy grande olvido las de sus padres; ni digo que fueron mas fuertes ni peligrosas, porque ninguna fortaleza ni braveza las pudo sobrepujar. Pues no creais que fué menos lo que Talanque y Maneli el Mesurado y Garinter, de gran prez y hechos de armas de amores en aquellas partes donde estaban hicieron, de lo cual se hizo un libro muy gracioso y muy alto en toda órden de caballería, que escribió un muy gran sábio en todas las artes del mundo, y fué enviado al emperador Esplandian, y cuando en su imperio fué llegado, no le halló, sino á su hijo Lisuarte, y la razon de este sábio es esta. Parece ser que estando Talanque en la isla California, mandó aparejar una muy gran flota para ir á conquistar otra isla, que Argalia habia por nombre, y como la reina Calafia, su mujer, todo el tiempo desde que se casó habia estado en hábito de mujer por la honestidad, así de su persona como de

su marido, que pareciese ser cabeza y señor de todo; viendo tan grande ayuntamiento de gentes, tomóle mucha codicia de ser en aquella conquista, y rogó á Talanque, su marido, que por aquella vez le diese licencia que, tornando á las armas con sus mujeres, las llevase consigo, lo cual de voluntad dél, que mucho la amaba, le fué otorgado; y llegando á aquella isla Argalia, hubieron con los moradores della grandes lides y batallas, en que aquella reina y sus mujeres hicieron maravillas en armas. Pero al fin, no pudiendo ellos sufrir la valentía de Talanque y de los suyos, diéronse todos, donde, demás del señorío, que muy grande era, hubieron muy grandes riquezas.

Pues allí estando, supieron cómo este gran sábio andaba por los montes y por las breñas, trayendo tras sí muchas fieras y bravas animalias, que con su gran saber mansas le eran; y habiendo gran gana de lo ver, acordaron Talanque y la Reina de se ir solos á lo buscar, y halláronle como vos digo, pero no se osaron á él llegar hasta que los aseguró de aquella tan espantosa compañía suya; y hablando con él, haciéndole saber

quién eran, le rogaron muy afincadamente que se fuese con ellos á sus palacios; lo cual él hizo, y estando allí, trabajaron mucho que consintiese que lo enviasen al emperador de Constantinopla, donde estaria muy honrado. Él les dijo que aunque de aquella isla no habia salido, que con sus grandes artes alcanzaria á saber todo el hecho de aquel emperador y todos los otros del mundo, y que le placia de hacer su mandamiento; pero que cuando él en aquellas partes fuese, todo lo hallaria mudado de como ellos lo habian dejado, y puesto en otro estilo y con otros nuevos señores; que con su vista dél seria mucho acrecentado un propósito en que todos ellos estaban, tal, que por todo el mundo corria su fama, de que él queria tomar trabajo de lo dejar por escrito, así lo que ellos hiciesen, como lo que él con su gran saber obrase. Desta manera que os cuento vino este sábio en aquellas partes, donde hizo tantas cosas y tan extrañas, que ni Urganda la Desconocida, ni la infanta Melia, ni la doncella Encantadora, no pudieron, con muy gran parte, serle iguales, así como por el dicho libro se mostrará cuando pareciere.

ALONSO PROAZA, CORRECTOR DE LA IMPRESION, AL AUCTOR.

Los claros ingenios que quieran saber
De grandes señores famosas historias,
Sus fieras batallas, sus altas victorias,
El libro presente procuren leer;
Adonde no menos podrán conocer,
Si sienten sus penas y vivos ardores,
Los mas generosos y castos amores
Que nunca en el mundo se hallan haber.

Prosigue.

Los claros arneses aquí resplandecen,
Los lucidos yelmos que hizo Vulcano,
Los fuertes que al orbe mundano
Los lucidos rayos del sol escurecen;
Aquí los esfuerzos valientes parecen,
Las lizas y justas, batallas, torneos,
Las tiendas reales de ricos arrees,
Aquí las virtudes y glorias florecen.

Resisten las fuerzas del flaco Boreo
Las velas sin cuenta que aquí se despliegan,
Que tantas de fustas en uno se llegan,
Que gastan las aguas del bravo Nereo;
Los muy poderosos hijos de Atreo,
Europa con Asia siendo llegadas,
Apenas juntaron tan grandes armadas,
Cuando cercaron el muro ilioneo.

La casta Diana aquí se desvela,
Con sus compañeras, vestales doncellas,
Los grandes ejemplos leyendo con ellas,
Y autos que hizo la sábia Carmela;
Aquí de palabras de sucia cautela,
En tanta manera se excusa la historia,
Que nunca de Venus haria memoria,
Ni acto no limpio del hijo revela.

Aquí se demuestran, la pluma en la mano,
Los grandes primores del alto decir,
Las lindas maneras del bien escribir,
La cumbre del nuestro vulgar castellano;
Al claro orador y cónsul romano
Agora mandara su gloria callar,
Aquí la gran fama pudiera cesar
Del nuestro retórico Quintiliano.

Por ende suplico, discreto lector,
Que callen los otros de estilo grosero,
Y aqieste suceda por tu cancionero,
Pues desto te viene provecho mayor;
De donde doctrina de mucho loor
Y grandes ejemplos se pueden tomar,
Y pueden las dueñas muy rico sacar
Dechado de aquesta tan rica labor.

FIN DE LAS SERGAS DE ESPLANDIAN.